

AMERICA



87



**TOURIST
SHOP**

**MONEY
EXCHANGE**

**TRAVELLERS CHECKS
U.S. CURRENCY**

BOUGHT and SOLD

CARLOS MUSELLO

AVENUE ROYAL N°15



6/1/00

442

BANCO DE ABASTO

Sociedad Anónima.

CAPITAL Y RESERVAS: \$ 3'670.000,00

Al servicio del Comercio, la Agricultura,
la Industria y el Público en General

PRESTAMOS HIPOTECARIOS
A LARGO PLAZO

Negociación de Cédulas Hipotecarias
del 7% y 9%

Préstamos sobre firmas, con prenda de
mercaderías y otros valores

Depósitos en Cuenta Corriente, y a Plazo

Cartas de Garantía sobre el Exterior e Interior
Aceptaciones, Avales etc.

Operaciones Bancarias en General

LOCAL: Venezuela Nº 872 y Chile (Portal Municipal)

QUITO—ECUADOR

Agosto de 1947.—

HOTEL SAVOY

LA MEJOR COCINA DEL ECUADOR
PARA NACIONALES Y EXTRANJEROS

El Hotel Preferido

POR TURISTAS Y COMERCIANTES

SALON DE BANQUETES

AMPLIOS COMEDORES

B A R

CUANDO VISITE LA CAPITAL DEL ECUADOR TENDRA

“SU HOGAR, LEJOS DE SU HOGAR”

ALOJANDOSE EN EL HOTEL SAVOY

Direcciones:

Calle Venezuela — Junto Pasaje Royal

Teléfonos 7-8-1 — 7-8-2 — 7-8-3 — 19-64

Postal: Casilla 238

Cablegráfica Savoy

Quito — Ecuador

Agosto de 1947.—

COMPANIA NACIONAL DE TRANSPORTES Y COMERCIO

Esa Institución fue creada para la defensa del obrero del volante, por cuya razón hace un llamamiento a los Poderes Públicos, a la ciudadanía culta y al público en general, para recordarles la igualdad de los asociados, la libertad de trabajo y las mutuas consideraciones dentro de ese grandioso anhelo.—La preocupación constante de la Compañía Nacional de Transportes y Comercio, es el socorro a la niñez.—Cuida que los escolares tengan toda la atención que se merece en los autobuses urbanos.—El escolar paga solamente diez centavos por cada carrera.—Su objetivo, está definido sintéticamente en sus disposiciones estatutarias: fomentar el desarrollo de su clase, por todo los medios y bajo todas las formas de previsión social.—Ampara a la clase trabajadora, elevando su libertad económica y dignidad moral, para que sea una fuerza consciente del país. Busca la solución de problemas comunes mediante la consulta, con determinado beneficio para el obrero del volante.—Une las fuerzas principales en una virtual conciencia de la personalidad humana.—Tiene la visión clara del mejoramiento por medio del trabajo, como alta manifestación de la dignidad humana.—La compañía Nacional de Transportes y Comercio, redundará en la comodidad del servicio de tránsito, con casetas, relojes de control de tiempo y defensa de sus asociados.—Auxilia a los afiliados que se hallan en situación estrecha, por accidentes de trabajo, enfermedad, etc. etc.—La Compañía es unión, trabajo y libertad.—Proclamamos la lealtad como principio de democracia, alejando prejuicios que existe para los trabajadores. La prensa local acusa con frecuencia, desfigurando los hechos reales en muchas ocasiones, sin tener en cuenta el duro batallar de la labor cotidiana y la índole del trabajo.—Las responsabilidades siempre se imputan al Conductor o al Controlador. Es necesario serenidad de parte de la ciudadanía.—Con frecuencia, el público ocupa los carros con exigencia, sin haber cabida para mayor número de personas.—Seguiremos estas publicaciones que demuestran la sinceridad de los procedimientos de la Compañía.—

GERENTE DE LA COMPAÑIA

Agosto de 1947.—

LIBRERIA "JUAN MONTALVO"

ESPECIALIDAD LIBROS ECUATORIANOS

COMPRA LIBROS Y BIBLIOTECAS

OFRECE el surtido completo de libros y revistas de toda clase.

Texto para escuelas y colegios

DIRECCION: Montúfuz 1063 y Esmeraldas

Dirección Postal

Juan J. Concha

Librería "Juan Montalvo" — Apartado 4-6-8

Quito — Ecuador.

Agosto de 1947.—

Pisco de Uva
EL OBRAJE

*Elaborado por el Sr. Carlos Samaniego Alvarez
en su Propiedad de El Obraje.-(Cantón Pelileo)*

DEPOSITO GENERAL

Guayaquil y Olmedo 665—669

Agente General:

G U S T A V O L A S S O F

Agosto de 1947.—

A M E R I C A



A BOLIVIA

HOMENAJE DEL GRUPO AMERICA

AMERICA

PUBLICACION DEL
GRUPO AMERICA

Comisión directiva:

ANTONIO MONTALVO
AUGUSTO ARIAS
JOSE ALFREDO LLERENA

ENERO — AGOSTO DE 1947

AÑO XXIII

Número 87

Talleres Gráficos Nacionales

AMERICA

GRUPO AMERICA

Casilla — número 75

Quito — Ecuador

C O N T E N I D O

En el Día de Bolivia - *NN*

AUGUSTO ARIAS
Palabras Sobre Bolivia
Homenaje a Escritores Ecuatorianos

LUIS FERNANDO GUACHALLA
Bolivia una Asociación de Hombres Libres

ALBERTO OSTRIA GUTIERREZ
La Perennidad de Bolivia

FEDERICO AVILA
El Altiplano: Tristeza hecha Tierra

Figuras Bolivianas del Siglo XX - *NN*

GUILLERMO FRANCOVICH
El Pensamiento de José Manuel Cortés

CARLOS GREGORIO TABORGA
Antonio Vaca Díez

MANUEL SANZETENEA
"De Rómulo Roma; de Bolívar Bolivia"

JUAN PABLO ECHAGUE
La Heroína Juana Azurduy

ARMANDO ALBA
Andanza y Señorío de Jaime Mendoza

ANTONIO AVILA JIMENEZ
Y un Saúz...

GREGORIO REINOLDS
Bandera

BEATRIZ SCHULZE ARANA
Serenata

GUS OMAR GARCES
Síntesis de la más Joven Poesía de Bolivia

FERNANDO DIEZ DE MEDINA
El Mago

OSCAR CERRUTO
La Magia del Kollao

GUSTAVO ADOLFÓ OTERO
Datos para una Bibliografía de la Historia Geográfica de Bolivia

PASTOR VALENCIA CABRERA
Hacia la Reconquista de la Indianidad

HUGO MONCAYO
El Arzobispo de Charcas, Fray Gaspar de Villaruel

ALFREDO MARTINEZ
Salutación a la Juventud de América

CASTO ROJAS
El Panamericanismo y la Federación de las Naciones Americanas

JOSE ALFREDO LLERENA
Notas Críticas Sobre Cinco Escritores

ANTONIO MONTALVO
La Novela Contemporánea Hispanoamericana

Acto en Honor de Bolivia. Crónica - NW



EXCMO. SR. DR. DN. ENRIQUE HERTZOG
Presidente de la República de Bolivia.

EN EL DÍA DE BOLIVIA

La presente entrega de la Revista "América" que circula en el día de Bolivia, reúne material literario de firmas de la República amiga y ensayos con los cuales el aprecio ecuatoriano traza breves capítulos de comprensión y simpatía para el que fuera llamado, en frase de aquí, el "altiplano fraterno".

En estas páginas ha de verse, al propio tiempo que un homenaje para las letras de Bolivia, la demostración de los sentimientos que supo mantener de modo inquebrantable el Grupo América, en orden a la solidaridad de nuestros países por los medios del ligamen espiritual, del interconocimiento de sus valores de la idea y de la palabra, por la ponderación de sus realidades que se hace sobre todo en los libros de sus escritores y ensayistas, y por una profesión de fe en sus futuros destinos que ha de partir, en afianzamiento optimista, de la seguridad de vivir en un clima de libertad y democracia.

La entrega de "América" que hoy consagramos a Bolivia pretende iniciar la edición de otros números que, sin determinado propósito antológico, nos prometemos dedicar a todas y cada una de las repúblicas amigas. Ya estuvo "América", desde los números de su iniciación en esta grata tarea difusora y ligadora de voluntades. Así puso por obra el alcance de su nombre, logrando la satisfacción de cordiales respuestas, e interesándose por todos los problemas que afectaron al Con-

tinente, así como por las soluciones felices que, singularmente de parte de sus hombres de letras, aparecieron para la obra común e impostergable de garantizar la unidad de nuestros pueblos, en la que, de acuerdo con la señal alta de Vasconcelos, el espíritu hablará por la raza.

Justo es que en esta hoja liminar escribamos el nombre de nuestro consocio boliviano el Ministro de la República amiga don Gustavo Adolfo Otero, quien nos acompaña, desde su llegada al Ecuador, en esta obra americanista de apreciable perseverancia. Otero, autor de novelas de ambiente boliviano, periodista, ensayista, buceador inteligente en los dominios de la historia, sobresale sobre todo por esa coincidencia mayor con los destacados polígrafos de América, por su preocupación por el problema amerindio a cuyo esclarecimiento ha contribuido con los más valiosos trabajos que partieron del Altiplano. Su compañía, pues, en esta hora de prosecución de nuestras labores, nos es grata.

Con fervor americano hemos reunido estas páginas de Bolivia, cuyo nombre responde a una leal filialidad del Libertador y en cuyos destinos de la primicia se imprimió el tacto del Mariscal Sucre, bien amado en estas lindes ecuatoriales.

E L M A G O

"Estaba por decirle que un retrato
había de ser la imagen de un alma
reflejada en el espejo de otra alma".

Charles Morgan

Lo conocí una tarde cargada de electricidad, en un grupo de estrategias de café, que daban a Hitler seis meses para conquistar Europa y a sus adversarios un año para derrocarlo. El estaba en medio, como un profesor de esgrima, devolviendo golpes: parada, finta y estocada a fondo. Así dos, tres, cuatro horas, hasta que perdimos la noción del tiempo. "El del bigotito nos hará andar a todos más de prisa" — decía cuando yo me arrimé al grupo. Han pasado seis años y todo cuanto él dijo se ha cumplido con asombrosa exactitud. Claro que en tonces nadie le hizo caso; pero yo sí. Por eso recuerdo su predicción final cuando alguien espetó que el cabo austriaco arrasaría con medio mundo: "pero la otra mitad lo vencerá". Entre frases tan triviales, que parecen no decir nada, diciéndolo todo, asistí a una extraordinaria cátedra de geopolítica, aliviada por un dominio espantable del mundo físico, de las razas, y una agudeza de concepto que corría pareja con la sutileza de expresión.

Conversaba con naturalidad maravillosa. Entonces no me di cuenta, todavía, que el tema era indiferente para él: sólo un pretexto, la ventana para asomarse al mundo sonoro, rico de color y contenido, eternamente joven de su voz. Yo le oía, le oía con recogida atención, y se me antojaba ver a un encantador extrayendo piedras preciosas de un cántaro sin fondo. Cierto que los charlistas son insoportables, mas hay largo trecho del charlista, artífice del chisporroteo verbal, al esteta del habla, creador de mundos mágicos. La distancia necesaria de García Sánchez a Oscar Wilde.

El no era un charlista, sino un improvisador genial, curiosa mezcla de arquitecto y de poeta. Poseía una ciencia interna de la narración: ajuste y libertad a un tiempo mismo. Su relato fluía entre la solidez de la columna y la ondulación de la ola. Con técnica impresionista, a golpes de espátula, coloreaba los diversos planos destacando los volúmenes; luego los esquemas idiomáticos se agrupaban y reagrupaban en torno a la estructura central, como las manos del escultor levántandose, volviendo siempre a la entraña del yeso. ¿Modelador, ingeniero, músico? Algo de esto y algo más que el hablita superior como al joyero, cuando engasta sus piedras en castillos platinados, aplica las leyes más recónditas de la perspectiva para despertar nuestros sentidos.

Dijérase un paracelso de la conversación, transformando rudos materiales en harina espiritual. "¡Qué! ¿La economía, la política enturbian el banquete del hombre? El mundo está muy bien organizado; nos dan carbón para que hagamos diamantes". Yo que no puedo soportar diez minutos el tema sociológico, amanecía escuchando sus disertaciones: del tema más trivial, galaxias deslumbrantes. Otros dirán que era un brillante expositor, pero yo recuerdo que detrás de su relato, más allá del esquema crítico, había siempre lo que sólo expresan dos palabras: color, sonido. Pintura viva, música insinuante. Y eso es lo que yo absorbía.

Solía visitarlo en su ancha oficina, en el décimo piso de un rascacielo. El manejaba una empresa complicada: cien máquinas, mil hombres. Sentado en su sillón inglés, dirigía la maniobra con la seguridad de un viejo lobo de mar. Lo hacía todo conversando, con el menor esfuerzo aparente, no al modo estúpido del charlatán, que habla y habla sin brújula posible, sino a la manera organizada de la abeja que extrae de cada flor el zumo necesario. "Los problemas se resuelven con ideas; los hombres se manejan por palabras". Recuerdo sus conceptos sobre el periodismo. ¿Cuál es su técnica? "Lips-tick", con lápiz labial, como la mujer que se embellece con dos toques; pero todo estriba en la forma de dar esos toques: esto sobra, aquello se subraya. Objetivar, reducir siempre. No literatura. Más un saber callar que un saber decir. Y estar en todo sin creer en nada. O en muy poco. ¿Qué pide el lector? ¡La nuez! Cuidado con las cáscaras. Podría escribir centenares de páginas evocando sus teorías improvisadas, que versaban desde el tópico científico hasta la nadería incidental. Toda la gama del saber en la paleta del decir. "Yo hago maquetas, soy maquetista" —de-

cía una voz desde el sillón inglés; y a su conjuro las palabras salían de lo abstracto, ganaban profundidad y se apoderaban del mundo físico. Yo veía surgir, desvanecerse, reaparecer volúmenes, de sus labios, de sus ojos, de sus manos, del rostro todo y de la total máquina física, como si cada idea, por la magia de una imagen, de un gesto adecuados, se convirtiera en un cuerpo súbito, hermoso, redondeado.

Se dirá que si hay una ciencia del lenguaje, no existe un arte de la palabra, porque nadie es dueño de esa técnica invisible, sutilísima, que une en el espasmo de un relámpago los dos cabos de la idea y su expresión. Pero el esteta del habla es una fuerza de la naturaleza, cosa en sí, y como todo fenómeno de alta belleza: vibración. Decid que habéis conocido un mago de las palabras, no intentéis describirlo. Es imposible. Si yo lo hago, es porque tenía que sacarme esto de adentro, aún sabiendo que jamás transmitiré lo que me fué revelado, sino sólo la sugestión de un mundo intransferible.

Recuerdo todavía su faz grave, los ojos perdidos en un horizonte lejano, el diapasón pausado de su voz, la noche aquella que hablaba de Ferdusi, de las gacelas de Hafiz, de las preguntas del rey Millinda. Parecía un derviche escapado de la boca de Scheherezada. "Son cosas, cosas..." Conforme avanzaba el relato, el mago se sumía en ese mundo imaginario, se irrealizaba; y unos ojos viejísimos escrutaban el misterio de la lejanía... Y cuando hubo anulado el tiempo y escamoteado el espacio, sobre un tapiz de sonidos sobrevolamos la meseta del Irán, para visitar al sabio, al taurmaturgo Attar: Ferid-Uddin-Attar, el perfumista que roba el aroma de las rosas y el silbo de los pájaros, y los devuelve en dísticos a Dios. ¡Suavísimo Attar de las manos sarmentosas y los labios de miel! Estaba al pie de un granito azulado, en el portal de una mezquita, irradiando magia, como todos esos seres y esas cosas de donde viene la luz. Attar narró muchas historias, algunas tan bellas, que el mar, envidioso, bramó en la lejanía. Yo quise saber cómo llegó a Dios, si verdaderamente renunció a la poesía por la contemplación, pero el derviche, alarmado, intervino: "Es tarde ya; el tapiz sólo viaja de noche". Y volvimos. Amanecía ya en Buenos Aires. Un tinte róseo teñía la cúpula del Banco de Boston. Y en un segundo como un mundo, aspiré el perfume de las rosas del Jorasán.

El mago desbarató todos mis prejuicios sobre el arte de conversar. Por él supe que diálogo y soliloquio son formas elevadas de expresión espiritual, centros de revelación, don-

de podemos sumergirnos en busca del dragón que nos devora cada día. Y amé la charla como antes sólo amara la música, los libros, el paisaje.

Nunca pude comprender cómo este hombre tranquilo, que manejaba imparable su colmena babélica de hombres y máquinas, podía simultáneamente resolver problemas prácticos al primer golpe de vista, orientar vidas, animar vocaciones, levantar teorías, destruir prejuicios, concertar discordias, reanimar mundos muertos sin que jamás fallara la máquina expresiva. Era polifónico, pero cada tema lo trataba siguiendo el hilo melódico esencial: "No me den muchos tonos; basta uno". Y acaso porque nunca se dejó enredar en el tumulto de los episodios, destacaba el perfil incisivo del suceso con toques de admirable precisión. En el torbellino, veía el nudo del vértice central. La línea de menor resistencia en los cuerpos. Y el caracol fabuloso de su oído, recogía las modulaciones infinitas de las almas. Lo captaba todo, más iba derecho a su objeto; no embarrullarse, no desviarse: concentrar. Cuál sería la introducción al método del esteta del habla? Comedia y drama, la charla es hechizo puro, presencia rigurosamente individual. Su poder recreador, indefinible por naturaleza, participa de ciertas condiciones dramáticas, pictóricas y poéticas. Crea un clima de comunicabilidad, pero su sentido último escapa a toda teoría. Sugiere, no se da por entero. Realidad intemporal, inespacial, "es" una sola vez. Drama y actor, dualidad inseparable del juego idiomático y el jugador verbal; no se entiende bien el juego sin conocer al jugador. Y en la charla sabia, aquella que practicaban los magos de Shiraz o el solitario de la cárcel de Reading, el juego es uno y vario, vario y uno el jugador. Alquimia transcendental y trascendente. Así como resulta imposible reproducir la sensación de belleza que se desprende de un lienzo, por el simple artificio literario, parece inútil manifestar por palabras escritas la vibración fulgurante de la palabra viva. Las creaciones del gran hablista son inasibles; insinuamos el fenómeno sin llegar a su plasticidad. Anoto, pues, recuerdos, sugerencias de sensaciones, cosas aladas y fugaces, seres angélicos que se esfumaron antes de su condensación.

"El mundo no quiere trabajar" —es una frase banal, pero se puede tejer en torno a ella infinitas variaciones, sin agotar el tema. Es la magia del devorador de ideas; la elaboración inacabable. A un escritor que preguntaba: "¿qué es lo que le falta a mi libro?", le dijo el mago: "lo que le sobra".

respuesta paradójal, que expresa poco, si no se ha escuchado seguidamente un curso de estética del estilo sobre la necesidad de producir sin premura y sin exceso. El mago no era pues el tema, ni el concepto, sino la forma que los manifiesta. "Es peligroso ablandarse —decía— vivimos entre gigantes". Mas cuando alguien se le arrimaba en son de confianza, él no se defendía contra el mundo: salvaba al otro, tomando sobre sí la carga ajena, y dejando que la palabra obrase en toda su fuerza radioactiva. Soñando, hacer soñar. Y en aire de danza, la incitación al actuar.

Una tarde decidí buscar al mago en su cueva. Vivía en Belgrano. Y allá me fui, cruzando por calles arboladas. Me detuve frente a una pequeña casa de dos pisos: un "home" de habitaciones reducidas, sobriamente amobladas. Aquí un Fader; allá un Thibon de Libian. En la casa del hombre que era la erudición hecha verbo, no había biblioteca; sólo tres libros en la cabecera del lecho: una Biblia, el Mantic-Uttair, Khayyam. Dispuestas por mano de artista, las cosas tenían un encanto noble y familiar. Con todo, el sortilegio de la casa no estaba en ella misma ni en los objetos que contenía, sino en su equipo humano. Recuerdo unos ojos azules en una hermosa cara céltica, hecha de dignidad, de ensueño, de virtud: la compañera. Un niño desconcertante, trabajado en la materia indefinible de las sorpresas. Y una muchacha fascinadora, la mitad llena de risas, la mitad llena de embrujos. Estos seres se movían con entera libertad, al punto que me sentí en mi propio hogar: una casa antiquísima, de tres mil años, donde nadie se extrañaba de nada porque parecía saberse todo. Mientras ellos jugaban con los ángeles que moran en las cosas, yo salí al jardín en busca del mago.

Había esperado otra cosa: el amable hombre de mundo, acogedor, locuaz, que lo toma a uno desde el umbral y le va enseñando sus pequeños tesoros. Pensé extasiarme ante una imponente biblioteca; repito que no la había. Y aún creí que en su propia cueva el mago se superaría en la ciencia de subyugar por la palabra. Yo iba preparado para una sesión tormentosa, de intensa euforia verbal, como una nube que sale al encuentro de otra para desatar su carga eléctrica en el impacto que las funde y las precipita hacia abajo. Nada de esto sucedió.

El jardín era un pequeño rectángulo de grama: dos pinos, el estanque con lotos, un limonero. Por toda decoración un vertedero de mayólica de Talavera. Y allí, a un extremo,

dormitando, el mago. Estuve contemplando sus nobles rasgos, sorprendiendo el misterio de su reposo, hasta que de pronto él se dió cuenta —no, no lo desperté— se dió cuenta de mi presencia y sin abrir los ojos dijo con una voz que venía de muy lejos:

—Bienvenido.

Me senté a su lado. De la casa no venía ruido alguno. Un silencio apenas turbado por el agua del vertedero, difundía un clima de paz. Al fondo, el muro se cubría de yedras. Pequeños rosales, casi inadvertidos, se erguían en un ángulo del jardín. Y allá, por el inmenso lienzo de una pared frontera, bajaban formas raras, labradas por la lluvia, que el sol y el aire patinaban de un ocre irreal. Miré los lotos: se mecían lentamente. El limonero despedía efluvios inefables. Entonces la voz incitó en un murmullo:

—Absorbamos.

Yo conocía su concepto de la inercia creadora. Lo único que tenemos frente a la actividad mecánica y organizada del hombre moderno, es la imaginación. Lo que se crea por sí, la harina celeste de artistas y poetas, una suerte de alimento despojado de vitaminas que nutre sin robustecer. La flecha alada que brota de cualquier punto sin detenerse en ninguno. "Soñamos cosas..." ¿Qué hacen los pájaros? Sueñan. ¿Las nubes? Sueñan. ¿El agua y el rayo de sol? Sueñan. También el hombre sueña cuando olvidado de lo útil se mira en el espejo de lo inútil. Trabajan los codiciosos, castigados por el mandato bíblico, para correr, para volar, para no detenerse jamás, porque en el deseo está el castigo. El artista, en cambio, mira crecer la yerba, se solaza en la hermosura de las mujeres, atisba el rubor del niño y de la rosa. No trabaja: crea, alejado del éxito inmediato. Elabora formas puras, aéreas, gozosas, comunicables sólo al meditativo, que es el modo cómo la Gracia desciende al espíritu. Hacer cosas sin sentido. Hacer y rehacer cosas... Es todo. Vivimos como demonios, pero el Ángel nos habita. Por eso el Buda se recogió a su centro, para imaginar el mundo que nadie puede abarcar.

Díme pues a soñar. Y absorbí, absorbí todo cuanto puede absorberse en la marea pánica. Sueño para vivido, no para contado. Sobre el pequeño rectángulo de grama comenzó a soplar un aire sutil, que mecía dulcemente dos bonzos refugiados en las copas de los pinos. El sol proyectaba un esmalte de oro viejo en el paisaje: lotos, rosales, limonero, cambiaban monedas de catorce, dieciocho, veinticuatro qui-

lates. El cielo, arriba, recogía el incendio áureo para disolverlo en un fino resplandor dorado. Cerré los ojos. Yo sentía que unos geniecillos subían en forma de efluvios, tropezando con otros diminutos seres que bajaban de lo alto. Era un trajinar sin tregua: la tierra, un anhelo de subir; el cielo, un goce de caer. Me pareció escuchar la rotación musical con que el mundo gira sobre sí; y luego los infinitos ruidos con que cada ser se mueve dentro de su órbita. Abrí los ojos. El mago seguía sumido en su meditación. Planos... planos... Lucía el aire con tan pura transparencia, que semejaba un cristal vibrante. Un tapiz de grama, la taza de lotos, el muro de yedras, los bonzos chinos, árboles y casas y cosas extrañas, tendido todo hacia el horizonte distante, volviendo todo al encuentro de los ojos. Cada cosa profundizaba su azul en lejanía. Si cada cosa fuese un horizonte en fuga... De pronto la escala de seda del aire se estremeció: un colibrí. Y otro. Y otro. Se acercaron al vertedero, bebieron y revolotearon en su danza multicolor. ¿Hay algo más inefable que el vuelo del colibrí? ¡Los mundos que se agitan en sus diminutas alas! Y los hombres ¿por qué inventaron el altavoz cuando la naturaleza cabe en un rumor? Los bonzos anunciaron la llegada de una presencia aérea. Exhaló el limonero la fragancia de los días perdidos. Del estanque de lotos subía un humo sutil, sutil, forma liviana, línea pura: anunciación. Quise saber, quise gritar... Pero los colibríes asustados por el poder de mi deseo, se alejaron, y con ellos se quebró el hechizo. Sólo el gotear isócrono del vertedero me recordó que algo no muere nunca en el corazón... Y oré, reí, lloré, me arrodillé sobre la grama, aunque el mago y yo éramos dos estatuas de piedra inmovilizadas en el ardor del mediodía. ¿Persia en Belgrano? ¿América en Oriente? Cuando desperté del sopor meditativo, bandadas velocísimas se hundían en el horizonte, a la caza de Simourgh, el ave fabulosa en la que nacen y terminan las aventuras místicas del hombre.

Me levanté. El mago seguía sumido en su letargo. Quise despedirme, sin hallar forma digna para romper el encantamiento de esa tarde sin palabras. Había recibido la última enseñanza: la suma sabiduría de la contemplación. Temeroso de interrumpirlo, me fui alejando lentamente, lentamente... Y en el umbral me pareció recoger todavía una voz apagada:

—Gracias.

Bendije entonces a ese hombre que poseía el don de la

palabra y del silencio, los dos polos de la expresión humana. Agarré el nombre de "mago", lo quebré con mis dos manos y aventé sus fragmentos al espacio. Giraron, giraron en locos remolinos. Luego el aire, con dedos suavísimos, me los devolvió recompuestos, como una porcelana de oro en fondo azul que se hubiera roto sólo por el placer de sentirse maravillosamente reconstituída. Pero el antiguo nombre ya no regresó, porque cuando pronunciamos la palabra "maestro", todas las que le son afines huyen del corazón.